

JUAN LEON MERA

BREVES APUNTES CRITICOS

POR

LUIS F. BORJA



QUITO

Talleres Gráficos de la E. de AA. y OO.

1932

JUAN LEÓN MERA

Breves apuntes críticos por L. F. Borja

Qué satisfacción experimentan el patriotismo y el amor a la justicia cuando se rinde merecido homenaje a los varones ilustres que con la pluma y la lira han honrado al Ecuador y con sus nobles ejemplos han aleccionado a sus conciudadanos y han dejado huella luminosa en la historia nacional.

Uno de esos varones ilustres de que puede ufanarse el Ecuador es Juan León Mera, ya por su integridad moral, ya por sus servicios a la Patria, ya por el brillo que dió a la Literatura ecuatoriana.

Bien está que se ensalce la memoria de los hombres beneméritos en el campo de la Literatura; pero si también se distinguieron por la probidad, por una vida inmaculada, por el culto que rindieron a la virtud, puede decirse que son hombres cabales de aquellos que inspiran al propio tiempo admiración y respeto.

Hay escritores brillantes que deslumbran con sus escritos luminosos, por el talento y el ingenio; pero que no pueden servir de modelos en lo que a la moral se refiere y en los que

no se encuentra la apetecible unidad entre sus enseñanzas teóricas y las acciones de su vida.

Respecto de ciertos sacerdotes descarriados y a la vez elocuentes oradores se ha manifestado que debe hacerse lo que ellos dicen pero no hacerse lo que ellos hacen, expresando así el contraste que hay entre lo que enseñan desde la cátedra sagrada y lo que practican en la vida real.

Mera enseñó con la palabra, aleccionó con el ejemplo, reveló la tan plausible conformidad entre los escritos y los actos, entre las diversas disertaciones literarias y poéticas y la austera moralidad.

Admirable es que Mera, pobre, solo, aislado, sin más auxilio que los escasos recursos que podía prestarle su pobre madre, sin disponer de medios para cursar en planteles de enseñanza; únicamente con su propio esfuerzo, con el amor al estudio, maestro de sí mismo, haya llegado a ocupar puesto prominente entre los literatos de América y haya atesorado pasmosa erudición, como quizá no la consiguen los que se han formado en renombrados planteles de enseñanza con la cooperación de eminentes profesores.

Más tarde, cuando ya Mera con su tenacidad y talento, con innatas aptitudes estuvo en camino de llegar a las alturas, encontró el decidido apoyo y la protección eficaz del doctor Nicolás Martínez, uno de los más beneméritos ciudadanos que en diversas esferas han dado lustre al Ecuador.

Mera puede exhibir títulos que darán para siempre honra a su nombre: el haber escrito el Himno Nacional del Ecuador, la canción patriótica que hace vibrar los corazones, desde las escuelas en que la entonan los niños hasta las grandes solemnidades en que se conmemoran las glorias de la Patria.

Cuando los ciudadanos se descubren respetuosamente al escuchar el Himno Nacional, deben descubrirse también re-

verentes ante la memoria y el recuerdo de quien trazó las ardorosas estrofas que conmueven el alma ecuatoriana.

Cierto que el Himno Nacional, literariamente considerado, no está exento de defectos; pero debe tomarse en cuenta que fue casi una improvisación, que dispuso de cortísimo tiempo para escribirlo en cumplimiento del encargo que le hizo la Cámara del Senado cuando desempeñaba el cargo de su Secretario en el año de 1865.

Cierto también que en el Himno Nacional hay expresiones duras contra España, que no están de acuerdo con el sentir de los ecuatorianos en los actuales momentos, después de la reconciliación con la Madre Patria, después de que la gloriosa nación hispana dio el brazo cordial a sus hijas de América, herederas de su espíritu caballeroso, de su hidalguía y valor, de su lengua incomparable que traduce todos los sentimientos, desde la ternura y el amor hasta los arranques de la elocuencia, desde el sutil ingenio para el epigrama y la burla hasta las manifestaciones de lo sublime.

Pero debe recordarse que Mera escribió el Himno Nacional en época de agitación, cuando el Almirante Salazar y Mazarredo emprendió la injustificable campaña para la reconquista de América, cuando se hirieron los sentimientos y la dignidad de los pueblos del Nuevo Mundo, cuando el bloqueo del Callao y las caldeadas cenizas del incendio de Valparaíso hicieron estallar de indignación a los moradores de América hispana, cuando un grupo selecto de ecuatorianos, en la citada ciudad del Callao, presentó sus pechos como baluarte de la defensa de la libertad y la independencia conquistadas después de sangrienta lucha que tiene todos los caracteres de la epopeya.

Pasada la tormenta, apagados los siniestros resplandores de la hoguera, reconciliadas nuevamente España y las repúblicas de América, Mera hizo justicia a la Madre Patria en

LA VIRGEN DEL SOL, como lo expresa Mera, fué escrita en Baños, pueblecito bello y poético como una población saiza: "Quién conozca, agrega, ese lugar delicioso puede adivinar esto sin que yo se lo apunte: aquellas estrofas saben y huelen a la tierra en que nacieron, a esa tierra en que hierven y humean las afamadas aguas que llamamos "santas"; en cuyas vecindades se yergue hasta las nubes el magnífico Tungurahua, da su gran salto el Agoyán y comienzan las seculares e inmensas selvas que se dilatan hasta el Amazonas".

La leyena recuerda el encantador TABARE de Zorrilla de San Martín y fué quizá precursor del género adoptado por el ilustre poeta uruguayo, que seguramente cuando escribió TABARE no conoció la bellísima leyenda de Mera.

Los dos bardos americanos coincidieron en el propósito de poetizar las costumbres, los amores, las creencias de las razas de nuestro Continente, adornándolas con las galas de la inspiración y de la inventiva genial, pintando cuadros de la vida primitiva en fondo de selvas grandiosas que admiran por la majestad y grandeza.

El mismo Mera, en el prólogo de LA VIRGEN DEL SOL, expone hábilmente el plan de su tan atractiva leyenda: "Para escribir las MELODIAS procuré lo mismo que para hacer la leyenda, esto es, trasladarme con la mente y el corazón a los tiempos en que cantaban los HARAVICOS o poetas indios, y, fingiéndome uno de ellos penetrar los sentimientos de la raza indígena, plantada y desarrollada en la meseta de los Andes ecuatorianos, y estudiar sus pensamientos, creencias, costumbres e historia: he intentado, pues, hacerme también indio y olvidar la civilización y más condiciones de la vida moderna predominante en la sociedad americana. Estoy muy lejos de creer que he llenado mi propósito. ¡Es tan difícil la transformación de nuestro sér, moral, e intelectual! ¡es cosa tan ardua eso de volar en pos del sentir y pensar ajenos para

hacerlos propios, y, a nuestra vez, trasladarnos sin esfuerzo a otros corazones e inteligencias! ¡y buscar esos afectos e ideas en siglos lejanos, en una raza diversa de la nuestra, y entre las cenizas de una civilización muerta y olvidada!... Sin embargo, creo que mi atrevida pretensión de dejar de pensar A LA MODERNA que para serlo como UN HIJO DEL SOL de ahora tres o cuatro siglos, ha servido a lo menos para añadir a nuestra literatura unas pocas páginas nuevas y originales”.

No han faltado quienes, rindiéndose a la evidencia, reconocen en Mera dotes de escritor castizo y ameno, y a veces inspirados por prejuicios le han desconocido sus dotes de poeta, calificándole de frío, forzado y falto de inspiración; pero si Mera no está, como poeta, a la altura del prosador, tiene estrofas admirables que revelan estados del alma sacudida por elevados sentimientos, conmovida por la pasión.

Así en el CANTO A MARIA, exclama con fervor místico y poético:

¡Ay de quien la batalla
Final lidia sin tí de aquesta vida!
¡Ay de quien no te halla
Del mundo a la salida!
¡Ay del alma que a tí no parte asida!

A vivir me enseñaste,
Enseñame a morir: ¡ah tu enseñanza,
Madre mía me baste
A cambiar mi esperanza
Por la dicha infinita y sin mudanza!

Herido por algunos de sus conterráneos, Mera, en la composición A MI ROSARIO, dedicada a la noble y digna

compañera de su vida, prorrumpe en exclamaciones, manifiestan una alma injustamente punzada por los dardos de la ingratitude y la perfidia:

Aquí de nuevo estoy ; si, que alejarme
Preciso fué de mi nativo techo
Ah! la nefanda ingratitude vejarme
Feroz pretende y desgarrarme el pecho!

Tú, Rosario, la has visto: la ira enciende
Sus sesgos ojos, de sus labios mana
Corroedor veneno, y ambas tiende
Las garras contra mí con furia insana.

¿Este es el premio que mi caro Ambato
Prepara a quien le adora? ¿Vendrá día
En que exhume con bárbaro arrebató
Y esparza al viento la ceniza mía?

Mas no la indignación no me haga injusto:
¿Delito de la patria es por ventura
El que, en desdoro de su nombre augusto,
Perpetra de sus hijos la locura?

En la lira de Mera hay también la cuerda patriótica, que vibra sonora y majestuosa, como en la composición A LA UNION IBERO AMERICANA, digna de mención también porque en forma expresiva revela sus sentimientos hacia la Madre Patria:

Contra tí nuestros padres, noble España,
Acero audaz movieron,
Y en los abismos de la mutua saña
Cuántos miles de víctimas se hundieron!

Pero aqueste de horror cuadro inhumano
 ¡Qué excelsa gloria nuestra!
Digna del pueblo griego y del romano
¡Oh, no: que es digna de la raza nuestra!

La saña pasó ya, mas sin penumbra
 Ni ocasión la luz viva
Del astro eterno de la gloria alumbra
Esta Raza titánica y altiva.

Bolívar, de los Andes el Coloso,
 Brotó de la semilla
Que Pelayos y Cides al famoso
Suelo dió de Cantabria y de Castilla.

América a estos genios SUYOS llama,
 Y España a la memoria
De aquél rinde homenaje, y le proclama
Genio español y de su nombre gloria.

Salve, España! si un día destrozamos
 El cetro de tus Reyes,
Mientras más libres hoy, más acatamos;
De tí atraídos, las filiales leyes,

Plegue al Cielo que el nuevo y santo lazo
 De paz y unión fraterna
Haya, como el sublime Chimborazo,
Firmeza y brillo y duración eterna!

Mera, como todos los ecuatorianos, fué entusiasta admirador de las glorias de Bolívar, del Libertador y titán del Nuevo Mundo, y cuando se inauguró su estatua en Guaya-

bellísimas páginas que, insertas en las cartas dirigidas a don Juan Valera, revelan la admiración y el afecto hacia la cuna del Cid, del Pelayo, de los Reyes Católicos, de Cervantes.

Y es que Méza, además de reconocer la grandeza de España, sin desconocer ciertos errores de la conquista y de la época colonial, rendía culto fervoroso al idioma español, lo estudiaba con amor y lo escribía con perfección.

Para sacarnos verdaderos, allí está la admirable novela CUMANDA, donde se hace el casticismo que no está reñido con el cultivo de lo que es autóctono, de lo que es nuestro, de lo que se refiere a la vida de las selvas y a las costumbres de sus moradores.

CUMANDA ha sido comparada con ATALA Y CHACITAS de Chateaubriand; pero esta novela, de tan justo y merecido renombre, tiene con CUMANDA diferencias sustanciales. En la novela de Chateaubriand sus personajes son meramente ideales, sus escenas propias de la inventiva del gran escritor francés. CUMANDA es, si cabe decirse, más vívida, más real. Sus escenas se desenvuelven en selvas nuestras, sus personajes son nuestros también, son los moradores de aquellas regiones ecuatorianas envueltas todavía en el misterio y en las que apenas se vislumbra, como esperanza y como anhelo, su incorporación a la vida nacional, como anhelo y esperanza para un remoto futuro en que ha de aparecer, derramando riquezas y tesoros, el cuerno de la abundancia.

También se ha comparado CUMANDA con la MARIA de Jorge Isaacs. Si se atiende al mérito literario de ambas novelas es admisible la comparación; pero difieren sustancialmente en el fondo, pues la novela del ilustre neogranadino es más bien un romántico idilio en prosa, la relación de amores sencillos y puros que atraen por la encantadora emoción que despierta, por lo apacible de la trama y que conmueven, hasta

arrancar lágrimas, por el desenlace que oprime el corazón de todas las almas sensibles.

En CUMANDA también el amor juega el principal papel; pero el amor tiene por teatro selvas inconmensurables, no civilizadas regiones del Cauca. En CUMANDA el lector presencia las luchas de guerreros casi primitivos, contempla paisajes de naturaleza agreste, se abisma ante ríos que “se retuercen como un condenado, braman como cien toros heridos, rugen como la tempestad”.

En CUMANDA se presencia la lucha de los guerreros de la selva, que se destrozan en forma encarnizada, que tiñen en sangre sus cuerpos desnudos, que disparan contra sus adversarios flechas envenenadas, que tienen en sí mismos los caracteres de esa naturaleza indómita y bravía donde combaten con furor, y cuando abandonan las armas mortíferas es para sentir los dulces halagos del amor, que a veces les suaviza y dulcifica y a veces les irrita hasta el furor bajo el influjo de los celos.

LA MARIA refleja el amor de seres cultos, de personajes cristianos; mientras que en CUMANDA hay “dramas entre salvajes”, extraños a toda influencia religiosa, pero a veces sublimes, como sublimes son las selvas misteriosas, los ríos rugientes y cataratas estruendosas, las pasiones formidables de seres que se rigen por el instinto, por la pasión, por sentimientos que no guían a los hombres que han recibido los toques de la civilización moderna.

Y dentro de este mismo género, Mera, en LA VIRGEN DEL SOL, leyenda poética de gran mérito, supo también pintar y definir los caracteres de la raza india, ritos poetizados de edades remotas, sin apartarse por ello de su índole propia, sin olvidar costumbres y tradiciones peculiares de culturas antiguas que se pierden en la noche de los tiempos.

quél, en el año de 1889, le dedicó un cántico en sáficos adónicos de estilo clásico, repleto de fervor, que merece transcribirse en sus principales estrofas:

Y en tanto vivas, en la amada patria
La atroz discordia su espantable frente
No alce, no agite, asolación sembrando,
Su hórrida tea.

Nunca salpique tu peana hermosa
Sangre regada en fratricida lucha,
Ni en torno suenen de venganza y odio
Bárbaros gritos.

Jamás nos veas a extranjero yugo
Doblar el cuello en cobardía infame,
Ni al que imponernos de la Patria intentes
Déspotas hijos.

Jamás nos veas a la inmundada copa
De torpes vicios allegar los labios;
Jamás nos veas del error impío
Miseros siervos.

Enhiesto, grave, silencioso inmóvil,
Allá a las puertas de la Patria, vueltos
Al mar los ojos, cual leal vigía,
Verte imagino.

Y que las olas que de extraños climas
Males nos traen, tu mirar espanta,
Y retroceden y revueltas huyen
De ira bramando.

Y que las olas que a su dorso traen
De alta cultura de virtud ejemplos,
Tus pies besando, la valiosa carga
Dannos risueñas.

¡Oh bronce digno de patriota culto!
Al Cielo plegue que de paz morada,
Ventura y gloria al Ecuador contemples
Siglos y Siglos.

En las MELODIAS INDÍGENAS hay composiciones de notable mérito, como cuando en LAS DOS TORTOLAS, romance que por la forma tiene abolengo español, pinta escenas de la época incaica, cuando Huayna - Capac y Cacha combatían en las pampas de Tiocajas, o cuando en LA FIESTA DE LOS MUERTOS relata las costumbres de la misma época, los cantares y lúgubres gemidos de los aborígenes ante las tumbas o tolas de los antepasados, con aires conmovedores que estremecrán sus huesos en el fondo mismo del sepulcro.

La Fábula ha sido género literario poco cultivado entre nosotros, sin embargo de que tuvo un precursor de tanto mérito como el guayaquileño García Goyena que, llevado por sus padres a Guatemala, fué abogado prominente. Como dice la Academia Ecuatoriana, en el prólogo de la ANTOLOGÍA ECUATORIANA DE POETAS, el principal fundamento de la gloria de García Goyena está en sus fábulas, género de poesía que cultivó con raro buen éxito.

Aun cuando Mera no esté a la altura de García Goyena, escribió fábulas notables como LAS DOS AZUCENAS, EL CABALLO LIBERAL Y EL ASNO, EL GATO GOLOSO, EL MONO, EL BURRO y EL ELEFANTE, algunas de ellas referentes a la política y a los partidos del Ecuador.

También se distinguió Mera como polemista, que esgrimió su acerada pluma en defensa de sus ideas políticas, las del partido conservador, que profesaba con la fealdad y entereza de un convencido.

Dignas de mención, por la vehemencia y acritud, fueron las polémicas que sostuvo, entre otros, con don Juan Montalvo, con su eminenté conterráneo colocado en campamento diametralmente opuesto.

Ambos contendores perdieron a veces la serenidad; pero sus artículos de combate tienen que perdurar en la Literatura nacional y servir para la historia política de su época.

Montalvo fué más genial, más epigramático, más contundente que su adversario; pero Mera, más razonador, y por ello más convincente, empleaba armas cuidadosamente preparadas y quizá más certeras para la lucha.

Admirable fué la laboriosidad de Mera, que atesoró conocimientos en múltiples ramos del saber humano; pero eligiendo de preferencia la Literatura y la Política, y en éstas cuanto se refería a su Patria que amaba con ternura y a su partido al que sirvió con abnegación.

LOS CANTARES DEL PUEBLO ECUATORIANO. compilación formada por Mera y a la que precedió un estudio fundamental, con dotes de crítico y de investigador, constituyen valioso aporte para conocer el alma del pueblo, reflejada en sus cantares sencillos únos, ótros epigramáticos, inspirados a veces por el amor y en ocasiones por el patriotismo.

En el estudio previo a la compilación expresa Mera con mucho acierto: "Razón tienen los poetas cuando dicen que todo canta en la naturaleza; o, en otros términos, que todo es poesía en ella. Canta el arroyo que se desliza entre el césped y flores o quiebra sus linfas entre guijas; canta el mar, ora reposado y majestuoso, ora revuelto e iracundo; canta el céfiro suavemente inquieto y el huracán bramador

y terrible; canta el fuego sujeto al servicio del hombre y el que se desborda humeante de las montañas del volcán; cantan; con muda voz las flores; cantan con misteriosa voz las estrellas. Pero todo canta siempre el corazón humano: la felicidad y la desgracia, la alegría y el dolor, el amor que le inflama, el desdén que le enfía y amarga, la bondad y el odio . . . todo le incita a cantar. Las lágrimas y los suspiros son poesías; hay sonrisas que son madrigales, cóleras que son poemas, gestos y movimientos que son epigramas, entusiasmos que son odas. No hay corazón que no tenga su poco de Teócrito, de Píndaro, de Juvenal o de Marcial. La poesía es una de las condiciones esenciales de la naturaleza; el canto es necesidad natural del hombre. Sea bárbaro, sea civilizado, pobre o rico, bajo el ardiente clima ecuatorial o bajo el influjo de los hielos del polo, satisface esa necesidad sin esfuerzo ninguno”.

Pocos son en América los que se han dedicado a compilar y analizar los cantares del pueblo, pocos los que han hecho estudios críticos de su poesía natural y espontánea, de esta poesía que, como dice Mera, “late y brilla en todo cuanto nos rodea y que sentimos en nuestro ser interior, como sentimos el movimiento del propio corazón, y el nacer y desenvolverse de las ideas en el fondo del cerebro a la contemplación de la naturaleza exterior, o de aquel otro mundo inmaterial en que se goza sólo los ojos del alma; de esta poesía digo, participa el pueblo en todas partes. Más vecino a la naturaleza, si puede decirse, que los demás grupos de la sociedad que se le han sobrepuesto exaltados por la civilización, carece de arte para expresar en cantos elegantes sus conceptos y pasiones; pero, en cambio, sienten con más intensidad y cantan con sencillez a veces inimitables”.

Nada más difícil que la perfección en las composiciones poéticas, la difícil facilidad que arrebatada y conmueve, que

También se distinguió Mera como polemista, que esgrimió su acerada pluma en defensa de sus ideas políticas, las del partido conservador, que profesaba con la lealtad y entereza de un convencido.

Dignas de mención, por la vehemencia y acritud, fueron las polémicas que sostuvo, entre otros, con don Juan Montalvo, con su eminenté conterráneo colocado en campamento diametralmente opuesto.

Ambos contendores perdieron a veces la serenidad; pero sus artículos de combate tienen que perdurar en la Literatura nacional y servir para la historia política de su época.

Montalvo fué más genial, más epigramático, más contundente que su adversario; pero Mera, más razonador, y por ello más convincente, empleaba armas cuidadosamente preparadas y quizá más certeras para la lucha.

Admirable fué la laboriosidad de Mera, que atesoró conocimientos en múltiples ramos del saber humano; pero eligiendo de preferencia la Literatura y la Política, y en éstas cuanto se refería a su Patria que amaba con ternura y a su partido al que sirvió con abnegación.

LOS CANTÁRES DEL PUEBLO ECUATORIANO, compilación formada por Mera y a la que precedió un estudio fundamental, con dotes de crítico y de investigador, constituyen valioso aporte para conocer el alma del pueblo, reflejada en sus cantares sencillos — unos, ótros epigramáticos, inspirados a veces por el amor y en ocasiones por el patriotismo.

En el estudio previo a la compilación expresa Mera con mucho acierto: "Razón tienen los poetas cuando dicen que todo canta en la naturaleza; o, en otros términos, que todo es poesía en ella. Canta el arroyo que se desliza entre el césped y flores o quiebra sus linfas entre guijas; canta el mar, ora reposado y majestuoso, ora revuelto e iracundo; canta el céfiro suavemente inquieto y el huracán bramador

y terrible; canta el fuego sujeto al servicio del hombre y el que se desborda humeante de las montañas del volcán; cantan; con muda voz las flores; cantan con misteriosa voz las estrellas. Pero todo canta siempre el corazón humano: la felicidad y la desgracia, la alegría y el dolor, el amor que le inflama, el desdén que le enfría y amarga, la bondad y el odio . . . todo le incita a cantar. Las lágrimas y los suspiros son poesías; hay sonrisas que son madrigales, cóleras que son poemas, gestos y movimientos que son epigramas, entusiasmos que son odas. No hay corazón que no tenga su poco de Teócrito, de Píndaro, de Juvenal o de Marcial. La poesía es una de las condiciones esenciales de la naturaleza; el canto es necesidad natural del hombre. Sea bárbaro, sea civilizado, pobre o rico, bajo el ardiente clima ecuatorial o bajo el influjo de los hielos del polo, satisface esa necesidad sin esfuerzo ninguno”.

Pocos son en América los que se han dedicado a compilar y analizar los cantares del pueblo, pocos los que han hecho estudios críticos de su poesía natural y espontánea, de esta poesía que, como dice Mera, “late y brilla en todo cuanto nos rodea y que sentimos en nuestro ser interior, como sentimos el movimiento del propio corazón, y el nacer y desenvolverse de las ideas en el fondo del cerebro a la contemplación de la naturaleza exterior, o de aquel otro mundo inmaterial en que se goza sólo los ojos del alma; de esta poesía digo, participa el pueblo en todas partes. Más vecino a la naturaleza, si puede decirse, que los demás grupos de la sociedad que se le han sobrepuesto exaltados por la civilización, carece de arte para expresar en cantos elegantes sus conceptos y pasiones; pero, en cambio, sienten con más intensidad y cantan con sencillez a veces inimitables”.

Nada más difícil que la perfección en las composiciones poéticas, la difícil facilidad que arrebatada y conmueve, que

lanza flechazos invisibles que van a herir el corazón o a poner en ebullición el pensamiento. La poesía es algo mágico, no deleite efímero ni pasatiempo; y por eso los verdaderos poetas han merecido desde antiguo algo así como un culto, han enardecido a las multitudes con los cantos guerreros y patrióticos, o han hecho derramar lágrimas silenciosas y furtivas a las almas sensibles, o han predispuesto a prorrumpir en exclamaciones de ira y de venganza, si estos sentimientos ha querido arrancar el poeta digno de tal nombre.

No ha de pretenderse, por tanto, que el pueblo posea el numen divino de la inspiración; pero si es poeta a su modo, sí logra a veces reflejar sentimientos conmovedores, sí sabe expresar lo que bulle en el alma de las muchedumbres, sí tiene pasiones que se desbordan y se transmiten a quienes escuchan sus cantares.

Mera analiza la poesía de los bardos eruditos que han bebido en las límpidas fuentes de la civilización moderna, y los cantos de los poetas populares que no han tenido otro guía que el sentimiento ni otra aspiración que el expresarlo en forma sencilla y espontánea.

Refiriéndose a los primeros dice Mera: "Con frecuencia no se halla poesía ni aún en los partos ingenios que se llaman íntimos confidentes de las musas; o, cuando menos, no es oro de subidos quilates todo cuanto produce esos ingenios. Para la verdadera poesía es preciso que concurren con todos sus tesoros el corazón y la inteligencia; el sentimiento y el arte unidos forman aquellas obras admirables destinadas a deleitar y entusiasmar a todas las generaciones".

Y refiriéndose a los cantares del pueblo, se expresa Mera en estos términos: "Si no se halla, pues, estro ni forma poética aún en muchas lucubraciones de poetas, menos debe esperarse hallarlas en todas las coplas del pueblo o para él forjadas. La mayor parte son prosa rimada. Impresió-

nase el pueblo de cualquier suceso, agítale cualquier pasión, asáltale un pensamiento simple y no pocas veces absurdo, y canta de la manera que puede, sin pararse a examinar si lo hace poéticamente o no. ¿Qué entiende de esto? ¿qué nociones tiene la estética? Diga con tal o cual armonía lo que piensa o siente, y pueda acompañarlo al tono de la guitarra o el arpa, y basta; pues no busca aplauso ni teme la crítica, que le importa un ardite”.

El estudio crítico de la poesía popular termina en esta forma: “Infinidad de grandes poetas ha tenido el mundo nacidos en humilde cuna, y que a no haberse educado felizmente para el arte habrían sido sólo pobres copleros. En el pueblo hay buenos ingenios que se malogran por falta de cultivo. La naturaleza les obliga a manifestarse, y de aquí vienen los torrentes de versos populares que ruedan por nuestras calles y pasan como el agua de las tempestades desbordadas, turbias y dando monótono sonido. A veces no son torrentes sino arroyos de blando murmullo. A veces no son ni arroyos, son gotas cristalinas que caen para ser absorbidas por el polvo. Recibamos el agua de esos arroyos para gustar de ella; enseñemos la palma de la mano para que esas bellas gotas no caigan en el polvo.—Depositemos los versos populares en las páginas de nuestros libros”.

Como se ve, con acierto, con erudición, con notable maestría presenta Mera el verdadero carácter de la poesía popular, revelando así, una vez más, sus dotes de crítico y de hombre consagrado a sólidos estudios.

La obra en que nos ocupamos termina por apéndice de ANTIGUALLAS CURIOSAS, unas cuantas composiciones de carácter histórico, obra de autores anónimos u olvidados que dan a conocer los sucesos que más impresionaron al pueblo en su época, los anhelos por la libertad, los desengaños causados porque tales anhelos fueran empañados u opacados por

actitudes dignas de reprobación, la ironía con que se comenta los acontecimientos, la previsión respecto de los males o sufrimientos que habían de soportar más tarde los pueblos, un conjunto, en fin, de datos para la historia y de juicios emanados, si no del verdadero pueblo, de quienes supieron interpretar sus sentimientos.

Si se tratara de recorrer, siquiera brevemente, la labor de Mera, en lo literario y en lo político, si nos propusiéramos trazar un estudio detenido de la personalidad del escritor, del patriota y del político, se requeriría un estudio extenso que necesariamente hubiera de exceder de los límites de este opúsculo.

Los ecuatorianos todos reconocen que Mera es una gloria nacional, literato de renombre conocido fuera de los límites de la Patria, varón austero que dió relevantes pruebas de rectitud y abnegación, noble ejemplo de cuanto vale el propio esfuerzo y de cómo pueden elevarse a la cumbre aún los que comenzaron a ascenderla destituidos de todo apoyo, privados de todo estímulo, luchando con todo género de obstáculos.

Mera pudo tener defectos y seguramente los tuvo; pero prevalecen sus grandes cualidades, como las nubes que rodean a las grandes molés andinas se disipan y aun llegan a iluminarse cuando brillan los esplendorosos rayos del sol.

Quito, junio de 1932.